

## EL V CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA TOMISTA

Bajo los auspicios de la *Pontificia Academia Romana de Santo Tomás* se ha celebrado en Roma, del 13 al 17 de Septiembre de 1960, el quinto Congreso Internacional de Filosofía Tomista. Las sesiones tuvieron lugar en la Sala académica del Palazzo della Cancellería.

A la sesión de apertura se hallaban presentes los Emms. Cardenales Pizzardo y Bea, el Rmo. P. Miguel Browne, Maestro General de la Orden Dominicana, el Superior General de los Siervos de María, el Rector Magnífico del Pontificio Ateneo Salesiano; ilustres académicos y profesores como Garrigou Lagrange, Ciappi, Xiberta, Wuenschel, Toccafondi, Roschini, Degl'Innocenti, Giannini, Petruzzellis; diversas personalidades y un nutrido grupo de estudiosos, eclesiásticos y laicos, venidos de todas las partes del mundo para las labores del Congreso.

Cantado el *Veni Creator Spiritus*, el P. Boyer, Secretario General de la Academia, saludó a los congresistas, haciendo a continuación uso de la palabra el Cardenal Pizzardo, que recalcó la importancia y actualidad de los temas que han de ser objeto de estudio en el Congreso, importancia realzada por el hecho de coincidir dichos temas con otras tantas cuestiones sobre las que recaerá la atención del próximo Concilio Ecuménico.

Tres fueron los temas generales del Congreso: 1.º Sobre el fundamento y ayudas de la moralidad. 2.º Cómo mantener y conservar los derechos de la verdad y de la libertad. 3.º El verdadero concepto de trabajo. Cada tema fundamental tenía dos amplias ponencias, seguidas del resumen de las comunicaciones, elaborado, no por sus autores, sino por un Profesor encargado de antemano. Tanto las ponencias como las comunicaciones eran sometidas a discusión.

I Tema: *Fundamento y ayudas de la moralidad*. La primera ponencia estuvo a cargo de L. de Raeymaeker, Presidente del Instituto Superior de Filosofía de Lovaina, que disertó sobre el tema «*Comment une obligation absolue se fonde-t-elle dans l'être contingente qu'est l'homme*». La obligación moral, que pesa sobre la actividad humana,

es una de las propiedades características del ser del hombre. Mas este hecho hace surgir inmediatamente una antinomia: entre la libertad que excluye todo vínculo y la obligación que se impone, que liga. Para la solución del problema Mons. Raeymaeker empieza por una definición exacta de los términos, precisando, ante todo, el concepto de libertad. Sigue la concepción tomista del hombre como unidad sustancial de materia y espíritu, con dependencia intrínseca de uno respecto del otro. Desde este momento, concluye, toda forma de actividad humana implica ciertas «variables» en razón de los elementos espacio-temporales y de la elección libre que es imprevisible. Pero al mismo tiempo encierra unas «constantes» en virtud de las cuales la obligación moral se presenta, en todos los casos, con una consistencia absoluta en el creador, que da el ser al hombre y a todas las cosas.

El Profesor Nicolás Petruzzellis habla en la segunda ponencia de: «*Fundamento crítico de la moralidad y de la filosofía moral*». Kant, empieza diciendo el Prof. de la Universidad de Nápoles, extendió el método crítico al mismo problema moral, inducido por el utilitarismo reinante en su tiempo. Esto no obstante, Kant aparece hoy como un dogmático a los corifeos del pensamiento contemporáneo. En efecto, en el pensamiento actual se perfilan tendencias más radicalmente negadoras y destructoras de los principios éticos: desde el existencialismo sartriano al marxismo, desde el neopositivismo al problematocismo. Todo concurre hoy a poner en cuestión la idea misma de moralidad. El historicismo, superado como doctrina pero no como estado de ánimo, menosprecia a priori la investigación misma de una fundamentación crítica de la moral, como residuo de una mentalidad ya superada. Sin embargo, el problema moral va implicado en las raíces más profundas de las más abiertas negaciones o refinadas evasiones. A través de un examen crítico del pensamiento de Nietzsche, de Sartre, del marxismo, del neopositivismo, del problematocismo, Petruzzellis muestra la intrínseca contradicción de estas corrientes, las cuales, a la vez que niegan abiertamente los valores morales o destruyen las premisas que los justifican, se sirven de consideraciones y apreciaciones de indiscutible carácter ético que testifican la indestructibilidad de la dimensión moral en la actividad humana. De aquí pasa el Prof. Petruzzellis al examen de las soluciones que tratan de evadir el problema moral: la tesis de la emergencia del valor y de la ética de la situación. ¿Cómo se explica la emergencia del valor de una particular situación histórica? La ley, como tal, no nace de una determinada situación, pues estaría en contraste con otras leyes emergentes de otras situaciones. Tantas leyes como situaciones, o sea, infinitas leyes que se excluirían mutuamente, suprimiendo el concepto mismo de ley.

El resumen de las comunicaciones sobre este primer tema estuvo a cargo del P. B. Xiberta, O. C. y de Sofía Vanni Rovighi. Versaron éstas sobre los aspectos más diversos a cerca de la moralidad, la ley eterna, la ley natural. La discusión que siguió no llegó a tal, ya que

los que tomaron la palabra se limitaron a resaltar los puntos de vista contenidos en sus propias comunicaciones y que en el resumen por fuerza habían quedado diluidos.

II Tema: *Cómo mantener y conservar los derechos de la verdad y de la libertad*. Las ponencias sobre este segundo tema general fueron encomendadas al P. L. Ciappi, O. P., Maestro del Sacro Palacio y al P. E. Wuenschel, S. SS. R., Profesor en el Ateneo de San Alfonso de Roma.

El P. Ciappi desentrañó el «*Pensamiento de Pío XII sobre la ley divina y la libertad*». Constató, en primer lugar, cómo los Romanos Pontífices, herederos por excelencia de la misión del Verbo Encarnado, han rendido siempre un culto extraordinario a la Verdad divina que deben custodiar, defender e interpretar, al mismo tiempo que han profesado un profundo respeto por la libertad humana que han tratado de salvaguardar, reivindicar y promover por todos los medios. Como testimonio de esta ingente labor desarrollada por los Papas en defensa de la verdad y de la libertad en los tiempos modernos, el P. Ciappi hizo referencia a algunos documentos de Pío IX y León XIII, en los que Pío XII había inspirado su palabra y su acción en los veinte años de reinado que le caracterizan como promotor elocuentísimo de los derechos de la ley divina y de los derechos y deberes de la libertad humana. En la primera parte de su discurso, el P. Ciappi ilustró con textos significativos, escogidos en varios documentos del llorado Pontífice, las relaciones entre verdad especulativa y razón humana. A la vista de estos textos aparecía claro cómo para Pío XII sólo en Cristo y por Cristo puede conquistar el hombre la verdadera y estable libertad del espíritu. En la segunda parte hizo ver cómo Pío XII, al establecer el nexo entre verdad práctica y libertad, se mueve en la misma línea tradicional de San Agustín y Sto. Tomás: no se da ejercicio perfecto de la libertad, ni, por tanto, verdaderas virtudes naturales, si una y otra no están iluminadas por la fe y vivificadas por el amor sobrenatural.

El P. Wuenschel hace una exposición clara y serena de los «*Derechos de la verdad y de la libertad*». Un tema que afecta profundamente a la vida moderna; tanto más grave cuanto los medios de comunicación son hoy más numerosos y son empleados como perversión de la verdad y propaganda del mal. Estudia primero las relaciones entre la verdad y la libertad dentro de la Iglesia, para dedicar una segunda parte a la ordenación de los derechos de ambas dentro de la sociedad civil. La Iglesia ha recibido de Cristo la misión del Magisterio infalible. Exige, pues, a los fieles la sumisión incondicional a las verdades reveladas. Las verdades conexas con las verdades de fe que la Iglesia puede enseñar, han de ser aceptadas por fe eclesiástica—dice el Padre Wuenschel—. Respecto de otras verdades, sobre las cuales la Iglesia no se ha pronunciado, cabe la libre discusión. Analiza después la ley eclesiástica de seguir la doctrina de Sto. Tomás, que no es freno, sino estímulo y faro luminoso que invita a un progreso constante. Esta obe-

diencia que la Iglesia exige a su verdad perfecciona la libertad, según aquello: conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.

Más complicada es la cuestión cuando se trata de la sociedad civil, integrada por ateos y grupos de todas las confesiones religiosas. La Iglesia, que vive en esta sociedad, debe proceder con gran prudencia, para no herir los derechos de los demás. ¿Cuál debe ser la conducta del Estado con relación a la Iglesia Católica y a las demás iglesias? El hombre tiene derecho a profesar la religión que en conciencia le parezca la verdadera; tiene también derecho a que se le respete. Pero es evidente que la conciencia privada no puede tomarse como norma de la sociedad civil. Caeríamos en un liberalismo agnóstico imposible de sostener. El P. Wuenschel abogó por la solución común en la teología católica, integrada por una «tesis» nacida de la misma naturaleza de la Iglesia Católica que recaba para ella sola el derecho a ser reconocida por el Estado, por ser la única verdadera; y una «hipótesis» que tiene en cuenta las circunstancias de hecho en un momento dado, circunstancias que, en nombre del bien común, pueden exigir una actitud tolerante con los demás.

Del «conspectus» de las comunicaciones enviadas se encargan los Profesores Giannini, de la Universidad Lateranense y Girardi, del Pontificio Ateneo Salesiano.

El Congreso llega a su momento de máximo interés con la discusión de este segundo tema, particularmente de la cuestión de la tolerancia. Empieza Dondeyne exponiendo sus reparos a la distinción entre «tesis» e «hipótesis». Es frecuente—dice el Profesor belga—hablar de tolerancia, no a partir de su esencia, sino de una determinada situación histórica. Así, por ejemplo, Santo Tomás al tratar de la tolerancia se refería a la situación histórica en que vivió. En contra de esta concepción historicista de la tolerancia urge la elaboración de un concepto positivo de la misma, por relación a la persona y a sus valores. Es este el único medio de salvar la prioridad de la persona sobre el Estado.

El P. Gironella, S. J., en desacuerdo con Dondeyne, manifestó su adhesión fundamental a la distinción «tesis» — «hipótesis», entendiendo por «tesis» la situación ideal a la que se debe aspirar y por «hipótesis» la situación que en circunstancias de división se ha de soportar, nunca como el bien al que tendían nuestras aspiraciones. Aludió al agnosticismo como base de ciertas actitudes modernas.

Fueron muchos los que intervinieron en esta discusión. El Padre De Rovasenda, O. P., indicó que el problema de la tolerancia es más bien cuestión de prudencia y en cuanto tal ha de tener siempre un carácter historicista, ya que el juicio prudencial ha de considerar las circunstancias pasadas, presentes y futuras. Otros en cambio, veían en la tolerancia un problema sobre todo de caridad.

Por su parte, el P. Verga formuló una dificultad que podía surgir de la tesis católica: ¿Cómo justificar en la doctrina católica la actitud misionera?

Al final de la discusión, el ponente P. Wuenschel respondió a las objeciones. Puso de manifiesto que no se trataba, ni mucho menos, de negar el respeto debido a la conciencia de los demás. El problema se plantea al tratar de fijar los límites. ¿Se ha de permitir la propaganda del error, en nombre de los derechos de conciencia de los otros?

III Tema: *El verdadero concepto de trabajo*. El P. José Quadrio, S. D. B., del Pontificio Ateneo Salesiano, desarrolló la primera ponencia sobre el tema tercero: «*Santo Tomás y los orígenes del trabajo en la Biblia*». A través de las obras teológicas, comentarios y opúsculos del Santo, trata de llegar al concepto tomista de trabajo, contribuyendo de este modo a la formación de una teología del mismo. Según Santo Tomás, en el estado de justicia original, el trabajo era una actividad connatural inherente al hombre: «*ut operaretur et custodiret paradisum*». Propiedades de este trabajo: la alegría, dominio de la tierra, defensa contra el pecado. Aún en aquel estado el hombre habría dominado sobre el hombre, pero nunca para deprimirlo, sino para su bien y el bien de la comunidad.

Después del pecado original Dios lanza sobre el hombre tres maldiciones: la maldición del suelo, de la fatiga, del desencadenamiento de las fuerzas naturales. La fatiga alcanza al hombre o por medio del trabajo manual o por medio de cualquier otro trabajo. Pero, según Santo Tomás, esta condena no es un precepto positivo, obligatorio para cada uno; el que pudiera vivir sin trabajar no estaría obligado al trabajo por razón del sustento, aunque sí por otros motivos.

La segunda ponencia estuvo a cargo del P. G. Jarlot, S. I., de la Universidad Gregoriana, quien trató *Del trabajo como mediación entre el hombre y la naturaleza y como mediación entre los hombres, en Marx y en la doctrina católica*. El P. Jarlot no trata de resolver, partiendo de principios tomistas, el problema planteado por Marx a propósito de las relaciones entre el hombre y la naturaleza y entre unos hombres con otros a través del trabajo; quiere solamente señalar el aspecto bajo el cual los marxistas han afrontado la cuestión y sugerir algunas reflexiones. En una parte introductoria recuerda los principios de la dialéctica marxista, en vistas a una aplicación de los mismos a la teoría del trabajo. He aquí los tres momentos de esta dialéctica: 1) Con anterioridad a la alienación económica no existe contradicción ni lucha entre la naturaleza y el hombre. El hombre es natural y la naturaleza es humana. 2) En el segundo momento, en el del «trabajo alienado» tal cual se manifiesta en la economía capitalista, la propiedad opone el hombre a la naturaleza y viceversa. El trabajo es disfrutado por las sobreestructuras de la sociedad burguesa. 3) El tercer momento es el de la reconciliación, con la victoria del proletariado. Abolida la alienación económica, el trabajo media entre una naturaleza vuelta humana y una humanidad que ha llegado a ser natural; constituye el vínculo de los hombres entre sí.

Expuesta así la teoría marxista del trabajo, el orador indicó que la respuesta al marxismo debe ser intrínseca y extrínseca. Señalar desde dentro sus incoherencias y su inadecuación a la realidad, construyendo a la vez una metafísica tomista del trabajo como mediación entre naturaleza y hombre y como vínculo de los hombres entre sí, evitando, en este campo, una tentación que no todos han resistido: el irenismo. El uso inconsiderado del vocabulario marxista puede encerrar graves peligros si no depuramos antes su contenido.

El P. Viglino, del Pontificio Ateneo de Propaganda Fide, hizo la relación de las distintas comunicaciones, todas ellas dirigidas a perfilar el concepto cristiano del trabajo. El P. J. M. Alejandro, S. I., encuadró el trabajo en un humanismo cristiano; Gerlaud, O. P., trató de definir el objeto de la teología del trabajo; Kwant, O. E. S. A., hizo la crítica del concepto infraestructural del trabajo, etc.

Esta es, a grandes trazos, la impresión del V Congreso Internacional Tomista. Un análisis crítico de las numerosas comunicaciones no sería posible. Gran parte de ellas se encuentran ya publicadas en el I Volumen de las Actas del Congreso. Un material copioso e interesante. Lástima que el Congreso como tal, como diálogo y no como aportación individual, no llegara a aquel nivel que era de esperar. La discusión y el intercambio apenas tuvieron lugar, debido a la organización de las sesiones dedicadas a la discusión. Nadie podía hacer uso de la palabra sino previa anotación en Secretaría, con lo cual se rompía la sugerencia espontánea nacida en la exposición o dentro de la discusión misma. El que se anotaba de antemano, con anterioridad a la discusión, lo hacía con la intención de subrayar la importancia del texto de su comunicación que en el resumen podía haber pasado desapercibido. Con este sistema, la Organización creyó suprimir muchos de los inconvenientes de la libre discusión. La opinión general de los congresistas era contraria.

El día 16 el Sumo Pontífice Juan XXIII recibió a los congresistas en su residencia de Castelgandolfo. Una vez más exhortó el Santo Padre al estudio y aprecio de la doctrina de Santo Tomás, no sólo de parte de los eclesiásticos, sino de todos los estudiosos.

El día 17 se clausuraba el V Congreso Internacional de Filosofía Tomista.

FR. ANGEL DEL CURA, O. P.